

de diez siglos, el horrible espectáculo de una monarquía cristiana envilecida hasta tener reinados de once años.

No es necesario haber vivido mucho tiempo en Rusia para conocer lo que falta á sus habitantes. Es una cosa profunda, que se siente profundamente, y que el mismo ruso puede contemplar en el reinado común de sus Soberanos; que no excede de trece años, cuando el reinado cristiano se aproxima al doble de este número, y llegará á él ó lo excederá en cualquiera parte donde haya prudencia. En vano la sangre extranjera, puesta sobre el trono de Rusia, podría creerse en derecho de concebir mayores esperanzas; en vano las mas dulces virtudes vendrían á contrastar sobre este trono con la aspereza antigua: los reinados no se acortan *por las faltas de los Soberanos*, lo que sería visiblemente injusto, *sino por las del pueblo*. En vano los Soberanos harán los mas nobles esfuerzos, ayudados de los de un pueblo generoso que no cuenta jamás con sus dueños; todos estos prodigios del mas legítimo orgullo nacional serán nulos, cuando no sean funestos. Los siglos pasados ya no están en poder de la Rusia. El cetro creador, el cetro divino no ha reposado bastante sobre su cabeza; y sin embargo, en su profunda ceguedad, aun se gloria este gran pueblo de ello. Entre tanto la ley que lo abate viene de muy alto para que sea posible evitar su peso, si no es tributándola el debido homenaje. Para elevarse al nivel de la civilizacion y de la ciencia europea, no hay mas que un camino para él, y es aquel de donde se apartó.

Muchas veces ha oido la Rusia la voz de la calumnia, y aun muy frecuentemente la de la ingratitud. Sin duda tenia derecho de irritarse contra unos escritores sin delicadeza, que le pagaban con insultos la mas generosa hospitalidad: mas esperamos que no rehusará su confianza á sentimientos directamente opuestos. El respeto, la afición, el reconocimiento seguramente no intentan engañarla.

## CAPÍTULO VII.

### OTRAS CONSIDERACIONES PARTICULARES SOBRE EL IMPERIO DE ORIENTE.

El Papa está revestido con cinco caracteres muy diferentes; porque es Obispo de Roma, Metropolitano de las iglesias suburbicarias, Primado de Italia, Patriarca de Occidente, y en fin Sumo Pontífice. En los otros Patriarcados jamás ha ejercido sino los poderes de este último carácter; de manera que á menos de ocurrir un asunto de grande importancia, algun abuso muy notable, ó alguna apelacion en causas mayores, los Sumos Pontífices se han mezclado muy poco en la administracion eclesiástica de las Iglesias orientales; y esto fué una desdicha no solo para ellas, sino tambien para los Estados donde se hallaban establecidas. Puede decirse que la Iglesia griega ha llevado desde su origen en su seno una semilla de division que no se ha desarrollado completamente sino al cabo de doce siglos; pero que ha existido siempre bajo de formas menos absolutas, menos decisivas, y por consiguiente soportables <sup>1</sup>.

Esta division religiosa se fortificaba con el apoyo de la oposicion política creada por el emperador Constantino; y auxiliadas recíprocamente, una por la otra, no cesaron de rechazar la union que hubiera sido tan necesaria contra los formidables enemigos que avanzaban del Oriente y del Nor-

<sup>1</sup> San Basilio habla tambien en alguna parte del *orgullo occidental* que llama, ΟΦΡΥΝ ΔΙΤΙΚΗΝ. Si no me engaño es en la obra que escribió sobre el partido que puede sacarse de las lecturas profanas para el bien de la Religion. Nada absolutamente, ni aun la santidad, podía extinguir del todo el estado natural de guerra que dividia los dos Estados y las dos Iglesias; estado que nacia de la política, y que venia desde Constantino.

te. Escuchemos ahora sobre este punto al respetable autor de las *Cartas sobre la historia*: «Es seguro, dice, que si los «dos Emperadores de Oriente y de Occidente hubiesen reunido sus esfuerzos, hubieran arrojado infaliblemente á las «arenas de África á esos pueblos (los sarracenos) que debían temer ver establecidos en medio de ellos; pero habia «entre los dos imperios una emulacion, que nada podía destruir, y que se manifestó aun mas durante las Cruzadas. El «cisma de los griegos les daba contra Roma una antipatía religiosa, la cual se sostuvo siempre aun contra su propio interés!»

Este trozo contiene una verdad notable. Si los Papas hubiesen tenido la misma autoridad sobre el imperio de Oriente que sobre el de Occidente, no solo hubieran arrojado á los sarracenos, sino aun á los turcos; y todos los males que nos han hecho estos pueblos, no hubieran sucedido. Mahoma, Soliman, Amurat, etc., serian nombres desconocidos entre nosotros. ¡Franceses! Vosotros que os habeis dejado engañar por vanos sofismas, reinaríais en Constantinopla y en la *Ciudad santa*. Las leyes de Jerusalem, que ya no son mas que un monumento histórico, serian citadas y observadas aun donde fueron escritas; se hablaria francés en Palestina; y las ciencias, las artes, la civilizacion ilustrarian aquellos famosos países del Asia, que fueron en otro tiempo el jardin del universo, y hoy están despoblados, entregados á la ignorancia, al despotismo, á la peste y á toda clase de embrutecimiento.

Si el ciego orgullo de estos países no hubiera resistido constantemente á los Sumos Pontífices; si estos hubiesen podido dominar á los viles Emperadores de Bizancio, ó á lo menos hacerse respetar de ellos, hubieran salvado la Asia, como han salvado la Europa, que todo se lo debe, aunque parece que lo olvida.

La Europa, por largo tiempo despedazada por los bárbaros del Norte, se veia amenazada de los mayores males. Los

<sup>1</sup> *Cartas sobre la historia*, t. II, carta XLV.

formidables sarracenos caian sobre ella, y sus mas bellas provincias estaban ya conquistadas ó invadidas. Dueños de la Siria, del Egipto, de la Tingitana y de la Numidia, habian añadido á sus conquistas de Asia y de África una parte considerable de la Grecia, la España, la Cerdeña, la Córcega, la Pulla, la Calabria y una parte de la Sicilia. Habian formado el sitio de Roma, y abrasado sus arrabales. En fin, se habian echado sobre la Francia, y desde el siglo VIII se hubiera acabado ya la Europa, es decir, el Cristianismo, las ciencias y la civilizacion, á no ser por el genio de Carlos Martel y de Carlomagno que detuvieron este torrente. El nuevo enemigo no se parecia á los otros: los nobles hijos del Norte podian acostumbrarse á nosotros, aprender nuestras lenguas, y unirse en fin con nosotros con el triple lazo de las leyes, de los matrimonios y de la Religion; pero el discípulo de Mahoma no tiene relacion alguna de contacto; es extranjero, no puede asociarse ni mezclarse con nosotros. ¡Ved los turcos! Espectadores altivos y despreciadores de nuestra civilizacion, de nuestras artes y ciencias, y enemigos mortales de nuestro culto, lo mismo son hoy que lo que eran en 1454; un campo de tártaros situado en tierra europea. La guerra entre ellos y nosotros es natural, y la paz forzada. Luego que el Cristiano y el Musulman llegan á tener algun contacto, uno de los dos debe servir ó perecer.

Con tales enemigos no hay tratados.

Por fortuna la Tiara nos ha libertado del Turbante. Ella no ha cesado de resistirle, de combatirle, de buscarle enemigos, de reunirlos, animarlos, pagarlos y dirigirlos. Si somos libres, sábios y cristianos, á ella se lo debemos.

Entre los medios que los Papas emplearon para rechazar al Mahometismo, es preciso distinguir el de dar las tierras usurpadas por los sarracenos al primero que pudiese arrojarlos de ellas. ¿Y qué cosa mejor podia hacerse, cuando sus antiguos dueños no parecian? ¿Habia algun medio mejor para legitimar el nacimiento de una soberania? ¿Se creará

que esta institucion no valiese mas que *la voluntad del pueblo*, es decir, de un puñado de sediciosos dominados por uno solo? Pero nuestros razonadores modernos, cuando se trata de *tierras dadas* por los Papas, nunca dejan de transportar todo el derecho público de la Europa moderna al medio de los desiertos, de la anarquía, de las invasiones y soberanías flotantes de la edad media; lo que necesariamente no puede producir mas que extraños paralogismos.

Léase la historia con ojos desapasionados, y se verá que los Papas han hecho cuanto han podido en aquellos tiempos desgraciados; y sobre todo se verá que se han excedido á sí mismos en la guerra que han hecho al Mahometismo.

«Ya en el siglo IX, cuando el formidable ejército de los sarracenos amenazaba destruir la Italia, y hacer una aldea mahometana de la capital del Cristianismo, el papa Leon IV, tomando en este peligro una autoridad que parecian abandonar los generales del emperador Lotario, defendiendo á Roma, se mostró digno de mandar en ella como Soberano. Él la fortificó, armó las milicias, visitó por sí mismo todos los puestos... Habia nacido romano; y el valor de los primeros tiempos de la república revivia en él en una edad de flojedad y de corrupcion, á la manera de un bello monumento de la antigua Roma, que se encuentra alguna vez entre las ruinas de la nueva <sup>1</sup>.»

Pero al fin, toda resistencia hubiera sido vana, y el ascendiente del Islamismo la hubiera infaliblemente arrollado, si no hubiésemos sido libertados de nuevo por los Papas y por las Cruzadas, de que fueron autores, promovedores y directores, en cuanto lo permitieron la ignorancia y las pasiones de los hombres. Los Papas, con los ojos penetrantes de Anibal, descubrieron que para rechazar ó destrozarse para siempre una potencia formidable y diseminada, no basta defenderse de ella en los propios hogares, sino que es menester ir á atacarla en los suyos; y así las Cruzadas que lanzaron en el Asia, infundieron en los musulmanes otras ideas

<sup>1</sup> Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, etc., t. II, c. 28.

bien diferentes á la de invadir, y aun de insultar solamente la Europa. «Sin estas guerras santas todo el género humano «se hallaria acaso aun en el dia de hoy degradado y sumido «en los mas profundos abismos de la esclavitud y de la barbarie <sup>1</sup>.»

Los que dicen que las Cruzadas no fueron para los Papas mas que guerras de devoción, seguramente no han leído el discurso de Urbano II en el concilio de Clermont. Los Papas nunca han apartado su vista del Mahometismo, hasta que él se adormeció con aquel sueño letárgico que nos ha tranquilizado para siempre. Pero es muy notable que el último golpe, el golpe decisivo lo recibió de la mano del Papa. El dia 7 de octubre de 1571 se dió en fin aquel combate memorable; «la mas furiosa batalla naval de que hay memoria. Esta jornada gloriosa para los Cristianos fue la época de la decadencia de los turcos; pues en ella no solo perdieron hombres y bajeles, cuya pérdida puede repararse, sino la opinion, que es el principal poder de los pueblos conquistadores; poder que se adquiere una vez, y que no se recobra nunca <sup>2</sup>.» «Esta inmortal jornada abatió el orgulló otomano, y desengañó al universo que creia las flotas turcas invencibles <sup>3</sup>.»

<sup>1</sup> *Revista de trimestre* en inglés, setiembre de 1819, pág. 546. No es posible hallar una confesion mas clara de una verdad tan incontestable como obstinadamente combatida; y como esté testimonio es de una pluma protestante y muy erudita, merece ser conocido de todo el mundo.

<sup>2</sup> El Sr. de Bonald, *Legislacion primitiva*, t. III, pág. 288. *Discurso político sobre el estado de la Europa*, § 8.

<sup>3</sup> Estas últimas expresiones son del célebre Cervantes, que se halló en la batalla de Lepanto, y aun tuvo el honor de ser herido en ella. (*D. Quijote*, parte I, c. 39: Madrid, 1799, t. IV, pág. 40). En el prólogo de la segunda parte aun vuelve á hablar Cervantes de esta famosa batalla, y dice que fue *la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*. (Ibid. t. V, pág. 8, edic. de Pellicer). — El que quiera asistir aun á esta batalla, puede leer su descripcion en la obra de Gratiani *De Bello cyprio*: Roma, 1664, en 4.º

Mas esta batalla de Lepanto, honor eterno de la Europa, época de la decadencia de la Media Luna, y que solo el enemigo jurado de la dignidad humana ha podido intentar desacreditarla <sup>1</sup>, ¿á quién la debe la cristiandad? Á la Santa Sede. El vencedor de Lepanto no fue tanto D. Juan de Austria, como aquel Pio V, de quien dijo Bacon: «Yo me admiro de que la Iglesia romana no haya canonizado ya á este «grande hombre <sup>2</sup>:» Unido al Rey de España y á la república de Venecia, atacó á los otomanos; fue el autor y el alma de esta grande empresa, á la cual concurrió con sus consejos, con su influencia, con sus tesoros y con sus armas, que se mostraron en Lepanto de una manera enteramente digna de un Sumo Pontífice.

*Resumen y conclusion de este libro.*

La conciencia ilustrada y la buena fe no pueden ya dudar que el Cristianismo es el que ha formado la monarquía europea, maravilla muy poco admirada. Mas sin el Papa no hay verdadero Cristianismo. Sin el Papa la institucion divina pierde su poder, su carácter divino y su fuerza conquistadora. Sin el Papa no es mas que un sistema, una creencia humana, incapaz de entrar en los corazones y modificarlos, para hacer al hombre susceptible de un mas alto grado de ciencia, de moral y de civilización. Toda soberanía, cuya frente no haya sido tocada por el dedo eficaz del Sumo Pontífice, se quedará siempre inferior á las otras, tanto en la duracion de los reinados, como en el carácter de su dignidad, y en las formas de su gobierno. Toda nacion, aun cristiana, que no haya sentido bastantemente la accion constituyente, permanecerá del mismo modo siempre inferior á las otras en estos puntos, no mediando otras circunstancias ex-

<sup>1</sup> ¿Cuál fue el fruto de la batalla de Lepanto?... Diríase que los turcos la habian ganado. (Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, etc., t. V, c. 161). ¿Qué hombre tan ridículo!

<sup>2</sup> Bacon, en el diálogo *De Bello sacro*.

trañas; y toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conocerá en fin que le falta alguna cosa, y tarde ó temprano será reducida por la razon ó por la desgracia. Para cada reino hay una correccion misteriosa, pero visible entre la duracion de los reinados, y la perfeccion de los principios religiosos. No hay, pues, Rey por el mandato del pueblo; pues que los Príncipes cristianos tienen mas vida comun que los demás hombres, á pesar de los accidentes particulares que son propios ó ajenos á su estado; y este fenómeno se hará aun mas notable, á medida que protegerán mas el culto vivificante; porque en ellos puede haber mas ó menos soberanía, precisamente como puede haber mas ó menos nobleza <sup>1</sup>. Las faltas de los Papas infinita-

<sup>1</sup> No siendo mas la nobleza que una prolongacion de la soberanía, MAGNUM IOVIS INCREMENTUM, repite en diminutivo todos los caracteres de su madre, y sobre todo, no es mas ni menos humana que ella. Porque es un error creer que los Soberanos, hablando con propiedad, puedan ennoblecer: solo pueden sancionar los ennoblecimientos naturales. La verdadera nobleza es la guarda natural de la Religion, es parienta del sacerdocio, y no cesa de protegerle. Appio Claudio decia en el Senado romano: «La religion pertenece á los patricios, AUSPICIA «SUNT PATRUM;» y Bourdaloue veinte siglos despues decia en la cátedra cristiana: «La santidad para ser eminente no encuentra fundamento «que le sea mas propio que la grandeza.» (*Sermon sobre la Concepcion*, pág. 11). Es la misma idea pintada por uno y otro con los colores de su siglo. ¿Desgraciado el pueblo donde los nobles abandonen los dogmas nacionales! La Francia, que dió todos los grandes ejemplos en bien y en mal, acaba de probarlo al mundo; porque esta bacante que llaman *Revolucion francesa*, y que no ha hecho aun mas que mudar de traje, es una hija del comercio impío de la nobleza francesa con el *Filosophismo*; nacida en el siglo XVIII. Los discípulos del Coran dicen: «Que una de las señales del fin del mundo será la de elevarse las personas de baja condicion á las dignidades eminentes.» (Pocok citado por Sala, *Observaciones históricas y críticas sobre el Mahom.* sect. 4). Es una exageracion oriental, que una mujer de mucho talento ha reducido á la medida europea. (*Lady Mary Wortley Montague's Works*, t. IV, pag. 223 y 224). Lo que parece seguro es, que tanto para la nobleza como para la soberanía hay una relación oculta entre la Religion y la duracion de las familias. El autor anónimo de una novela inglesa, intitulada el *Forester*, del que solo he leído algunos extractos, ha hecho

mente exageradas ó mal representadas, y que generalmente se han convertido en provecho de los hombres; no son por lo demás sino como la liga humana, inseparable de toda *mistura* temporal; y cuando todo se ha examinado y pesado bien en la balanza de la mas fria é imparcial filosofía, queda al fin demostrado «que los Papas fueron los instituidores, los tutores, los salvadores y los verdaderos genios constituyentes de la Europa.»

Por lo demás, como todo gobierno imaginable tiene sus defectos, no negaré que el régimen sacerdotal no tenga los suyos en el orden político; mas sobre este punto propondré al buen sentido europeo dos reflexiones que siempre me han parecido de mucho peso.

La primera es, que este gobierno no debe juzgarse en sí mismo, sino en su relacion con el mundo católico. Si él es necesario, como evidentemente lo es, para mantener el conjunto y la unidad, y para hacer circular, si es permitido hablar así, la misma sangre hasta en las últimas venas de un cuerpo inmenso, todas las imperfecciones que resulten de esta especie de teocracia romana en el orden político no de-

observaciones singulares sobre la decadencia de las familias, y las variaciones de la propiedad en Inglaterra, que yo recuerdo, sin tener el derecho de juzgarlas. «Es preciso, dice, que haya alguna cosa radicalmente y alármicamente mala en un sistema, que en un siglo ha destruido la sucesion hereditaria y los nombres conocidos, mas que todas las devastaciones producidas por las guerras civiles de York y de Lancaster, y del reinado de Carlos I, lo habian hecho acaso en los tres siglos precedentes tomados en junto, etc.» (*Revista antijacobina*, etc., 1803, núm. 38, pág. 249).

Si las antiguas razas inglesas habian perecido realmente en el espacio de cerca de un siglo en un número alármicamente considerable (lo que no me atrevo á afirmar por éste testimonio solo), seria efecto acelerado, y de consiguiente mas visible de un juicio, cuya ejecucion habria no obstante principiado inmediatamente despues de la falta. ¿Y por qué la nobleza no habia de ser ella *menos conservada* despues de haber renunciado á la religion conservadora? ¿Por qué habia de ser mejor tratada que sus dueños, cuyos reinados se acortaron igualmente?

ben considerarse sino como la humedad, por ejemplo, que produce una máquina de vapor en el edificio que la encierra.

La segunda reflexion es, que el gobierno de los Papas es una monarquía semejante á todas las demás, si se la considera simplemente como el gobierno de uno solo. Y ¿cuántos males no resultan de la monarquía mejor constituida? Todos los libros de moral abundan de sarcasmos contra la corte y los cortesanos. No se acaba de hablar de la doblez, de la perfidia, de la corrupcion de la corte; y Voltaire seguramente no pensaba en los Papas, cuando escribia con aquel decoro propio suyo:

Yo veo tus decretos soberanos  
Llenos; oh cielo! de un saber profundo;  
Pero ¿por qué á los estúpidos tiranos  
Confias los destinos de este mundo?<sup>1</sup>

No obstante, cuando se han apurado todos los géneros de critica, y se han puesto, como es justo, en el otro lado de la balanza todas las ventajas de la monarquía, ¿cuál es en fin el último resultado? Que *este es el mejor, el mas durable de los gobiernos y el mas natural al hombre*. Juzguemos, pues, del mismo modo á la corte romana. Ella es una monarquía, y la única forma de gobierno posible para regir la Iglesia católica; y así por mucha superioridad que tenga esta monarquía sobre las otras<sup>2</sup>, es imposible que las pasiones huma-

<sup>1</sup> Y el mismo Voltaire ha dicho por el contrario hablando de la Roma moderna:

En paz sus ciudadanos virtuosos,  
Sin que conquisten ya, son mas dichosos.

<sup>2</sup> El gobierno del Papa es el único en el mundo que no ha tenido jamás modelo, como tampoco tendrá jamás imitacion. Es una monarquía electiva, cuyo titular siempre viejo y siempre célibe, es elegido por un corto número de electores, que fueron elegidos por sus predecesores, todos tambien célibes, y escogidos sin ningun miramiento necesario á sus familias, sus riquezas, ni su patria. — Si se examina con atencion esta forma de gobierno, se hallará que excluye todos los inconvenientes de la monarquía electiva, sin perder las ventajas de la monarquía hereditaria.

nas no se agiten al rededor de cualquier poder ó autoridad, y no dejen allí algunas pruebas de su accion; pero esto no impide que el gobierno del Papa sea el mas dulce, el mas pacífico, y el mas moral de todas las monarquías; así como los males mucho mayores, que nacen de la monarquía secular, no la impiden ser el mejor de los gobiernos.

Al terminar esta discusion, declaro nuevamente que protesto contra toda especie de exageracion. Reténgase enhorabuena el poder pontifical dentro de sus justos limites; pero no se remuevan ni se arranquen estos al placer de la pasion ó de la ignorancia; y sobre todo, no se venga alarmando la opinion con terrores vanos. Léjos de deberse temer en este momento los excesos del poder espiritual, lo contrario es lo que debe temerse, es decir, que los Papas carezcan de la fuerza necesaria para llevar la carga inmensa que se les ha impuesto, y que á fuerza de ceder, no pierdan en fin el poder, perdiendo la costumbre de resistir. Concédaseles de buena fe lo que les es debido; por su parte sabe muy bien el Sumo Pontífice lo que debe á la autoridad temporal, la cual jamás tendrá un defensor mas intrépido ni mas poderoso. Mas es preciso tambien que él sepa defender sus derechos; y si algun Príncipe, por un rasgo de sabiduría igual á la de aquel hijo de familia que amenazaba á su padre el hacerse ahorcar para deshonrarle, se atreviese á amenazar al Padre Santo con un cisma, para obligarle á condescender á alguna debilidad, el sucesor de san Pedro podria muy bien responderle lo que está escrito mucho tiempo há: «¿Quereis abandonar-me? Pues partid: seguid la pasion que os arrastra: no esperéis que para reteneros cerca de mí ceda yo á vuestras instancias. Partid: para darme el honor que se me debe, otros hombres me quedarán. Y sobre todo *me quedará Dios*.» Y el Príncipe lo pensaria muy bien.

<sup>1</sup> Homero, *Iliada*, I, 473, 473.

---

---

## LIBRO IV.

### Del Papa en sus relaciones con las iglesias llamadas cismáticas.

---

#### CAPÍTULO I.

TODA IGLESIA CISMÁTICA ES PROTESTANTE. — AFINIDAD DE LOS DOS SISTEMAS. — TESTIMONIO DE LA IGLESIA RUSA.

Es una verdad fundamental en todas las cuestiones de religion, que *toda Iglesia que no es católica, es protestante*. En vano se ha pretendido establecer una distincion entre las Iglesias cismáticas y heréticas. Sabemos bien lo que se quiere decir con esto; pero en el fondo toda la diferencia consiste en las voces, y todo cristiano que desecha la comunion con el Padre Santo, es protestante, ó lo será muy luego.

¿Qué viene á ser un protestante? Un hombre que *protesta*. ¿Y qué importa que proteste contra uno, ó contra muchos dogmas? Podrá ser mas ó menos *protestante*, mas siempre *protesta*.

¿A qué observador no ha chocado el inmenso favor que goza el Protestantismo entre el clero ruso, aunque, si se hubiese de atener á los dogmas escritos, debia ser tan odiado á las márgenes del Neva como á las del Tiber? Mas todas las sociedades separadas hacen causa comun contra la unidad que las aterra. Así, cada una de ellas lleva escrito en sus estandartes: *Todo enemigo de Roma es amigo mio*.

Al principio del siglo último Pedro I hizo imprimir para sus súbditos un catecismo, que contenia todos los dogmas que él mismo aprobaba, y esta singular pieza fue traducida